

especuladores, un instrumento de medra personal; un vértigo de negocios se apoderó de muchos y hubo más de un funcionario público que realizase, como por ensalmo, pingüe fortuna, poniendo al servicio de los negociantes sus influencias y sus codicias.

A nada de esto era extraño el Presidente nuevo: hombre de perfecto buen sentido, incapaz ni de temor ni de duplicidad, se sobreponía en él, á todo, no sé qué espíritu de aventura y de conquista que llevaba incorporado en su sangre española y que se había educado y fomentado en más de veinte años de incesante brega militar en que había derrochado su sangre y su bravura. El general González es, en el sentir del que esto escribe, aunque todos estos juicios sobre acontecimientos de ayer son revisables, un ejemplar de atavismo: así debieron ser los compañeros de Cortés y Pizarro y Almagro; física y moralmente así. De temple heroico, capaces de altas acciones y de concupiscencias soberbias, lo que habían conquistado era suyo y se erizaban altivos y sañudos ante el monarca, así fuese Carlos V ó Felipe II, para disputar su derecho y el precio de su sangre. El Presidente creía haber conquistado á ese precio, en los campos de Tecuac, el puesto en que se hallaba; era suyo y lo explotaba á su guisa.

Concluyó el período de gastos de las construcciones ferroviarias, cesó el pacto de correr, vino la escasez del erario y luego su impotencia para pagar los más necesarios servicios administrativos; crecieron las tergiversaciones, los expedientes, el recurso cotidiano á maniobras inconfesables; y los negocios, sin embargo, no cesaban. La protesta de que se hacía la prensa eco, bien reflexivo y victorioso, ó frenético y desmandado más allá de todo límite de pudor y de equidad, partía del fondo de esa especie de irreducible honradez y amor á la justicia que constituye la substancia primitiva de la conciencia social mexicana. No cabía negarlo; cuando se abrió el período electoral ya no fué posible tomar medida alguna; una moneda nueva que acaso tenía sus ventajas, fué considerada como moneda falsa, y en rabiosa asonada popular, que parecía más bien un arqueo, una náusea social, fué regurgitada y tornada imposible; un contrato necesarísimo en principio, aunque censurable en sus cláusulas, pero que era condición *sine qua non* del restablecimiento de nuestro crédito exterior, *el reconocimiento de la deuda inglesa*, fué juzgado como indeminable atentado; supusiéronse, con evidente exageración, negocios fabulosos hechos á la sombra del convenio, y como era en las postrimerías administrativas de aquella situación, y como el presidente electo era el general Díaz, y todos consideraban rotos los compromisos con los que se iban y no volverían, porque efectivamente no podían volver, una oposición parlamentaria nació y creció como el mar al soplo del huracán, la sociedad se arremolinó encrespada en torno de los tribunos parlamentarios, ahogó las explicaciones de los defensores del Gobierno con la elocuencia de los oradores, que á veces fué admirable, con los gritos sin término de imberbes energúmenos que arrastraban á las masas estudiantiles y populares, y con el ruido de los aplausos y las exclamaciones de entusiasmo de las señoras y los hombres de orden.

En medio de esta lección dada al gobierno que salía y al que iba á entrar, que mostraba cuán rápidamente podía alejarse el poder de la conciencia pública y cuán lejos estaba todavía el pueblo de la educación política, comenzó la nueva administración del general Díaz, desde entonces indefinidamente refrendada, más que por el voto, por la voluntad nacional.

Algo así como una colérica unanimidad había vuelto al antiguo caudillo de la revolución al poder; los acontecimientos de la capital parecían indicio cierto del estado precario de la paz y de la facilidad con que podría caerse en las viejas rodadas de la guerra civil; la anarquía administrativa y la penuria financiera daban á la situación visos de semejanza con la del período final de la legalidad en 76, y á todos parecía que se habían perdido ocho años y que habría que recomenzarlo todo; la opinión imponía el poder al Presidente Díaz como quien exige el cumplimiento de un deber, como una responsabilidad que se hacía efectiva.

En la enorme bancarrota política de ochenta y cuatro, el pasivo era abrumador; había que rehacer nuestro crédito en el exterior, sin el cual no habríamos podido encontrar las sumas necesarias para llevar á cabo las grandes obras del porvenir, haciendo recaer la obligación principal sobre el porvenir así favorecido, y esa obra parecía imposible vista la impopularidad ciega del reconocimiento de la deuda inglesa,

clave de ese crédito; había que rehacer la desorganizada Hacienda y era preciso comenzar por una suspensión parcial de pagos; había que prestigiar la justicia, que imponer el respeto á la ley, que deshacer ciertas vagas coaliciones de los gobiernos locales, señal segura de debilidad morbosa en la autoridad del centro; había que dar garantías serias, tangibles, constantes al trabajo en su forma industrial, agrícola, mercantil... tal era el *pasivo*. En su *activo* contaba la nueva administración con los grandes ferrocarriles hechos y con el nombre del general Díaz. Pero para que el Presidente pudiera llevar á cabo la gran tarea que se imponía, necesitaba una máxima suma de autoridad entre las manos, no sólo de autoridad legal, sino de *autoridad política* que le permitiera asumir la dirección efectiva de los cuerpos políticos: cámaras legisladoras y gobiernos de los Estados; de *autoridad social*, constituyéndose en supremo *juez de paz* de la sociedad mexicana con el asentimiento general, ese que no se ordena, sino que sólo puede fluir de la fe de todos en la rectitud arbitral del ciudadano á quien se confía la facultad de dirimir los conflictos; y de *autoridad moral*, ese poder indefinible, íntimamente ligado con eso que equivale á lo que los astrónomos llaman *la ecuación personal*, el modo de ser característico de un individuo que se exterioriza por la claridad absoluta de la vida del hogar (y el del general Díaz ha estado siempre iluminado por virtudes profundas y dulces, capaces de servir de mira y ejemplo) y por la condición singularísima de no llegar jamás al envanecimiento ni al orgullo á pesar del poder, de la lisonja y de la suerte; tales fueron los elementos inestimables de esa autoridad moral.

Con estos factores, la obra marchó no sin graves tropiezos; la exigencia general en el país y fuera del país, en cuantos habían entrado en contacto con los asuntos nuestros, en los tenedores de obligaciones mexicanas, en los anticipadores del ya enorme capital invertido en las vías férreas, era clara, apremiante, imponente; exigiase la seguridad plena de que el general Díaz había de continuar su obra hasta dejarla á salvo de accidentes fatales. A esta seguridad dió satisfacción, dentro de lo humanamente previsible, el restablecimiento, primero parcial y luego total y absoluto, del primitivo texto de la Constitución, que permitía indefinidamente *la reelección* del Presidente de la República.

Con esta medida había quedado extinguido el programa de la revolución tuxtepecana: sus dogmas que, bajo la apariencia de principios democráticos, envolvían, como todos los credos jacobinos, la satisfacción de una pasión momentánea, satisfacción propicia á calentar la lucha y precipitar el triunfo, y el desconocimiento absoluto de las necesidades normales de la Nación, habían muerto uno por uno: era un programa negativo fundamentalmente compuesto de tres aboliciones: el Senado, el Timbre, la Reelección; ninguna había podido quedar en pie. Ni siquiera había suscitado un grupo dominante de hombres nuevos, sino muy á medias: vencidos y vencedores se distribuían en paz el presupuesto. No había resultado de aquella honda y sangrienta conmoción, más que una situación nueva; pero esta situación nueva era una transformación: era el advenimiento normal del capital extranjero á la explotación de las riquezas amortizadas del país; y era ésta, no huelga decirlo aquí, la última de las tres grandes desamortizaciones de nuestra historia: la de la Independencia, que dió vida á nuestra personalidad nacional; la de la Reforma, que dió vida á nuestra personalidad social, y la de la Paz, que dió vida á nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total. Para realizar la última, que dió todo su valor á las anteriores, hubimos de necesitar, lo repetiremos siempre, como todos los pueblos en las horas de las crisis supremas, como los pueblos de Crómwell y Napoleón, es cierto; pero también como los pueblos de Wáshington y Lincoln y de Bismarck, de Cavour y de Juárez; un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmütase en impulso normal; este hombre fué el Presidente Díaz.

Una ambición, es verdad, ¿capaz de subalternarlo todo á la conservación del poder? Juzgará la posteridad. Pero ese poder que ha sido y será en todos los tiempos el imán irresistible, no de los superhombres del pensamiento quizás, pero sí de los superhombres de acción, ese poder era un *desiderátum* de la nación; no hay en México un solo ciudadano que lo niegue ni lo dude siquiera. Y esa nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extralegales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicitase, pero sin que esquivase esta formidable responsabilidad ni un momento; y ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para

lo porvenir, porque imprime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. Pero México tiene confianza en ese porvenir, como en su estrella el Presidente; y cree que, realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá á su hora. ¡Que no se equivoque!...

Sin violar, pues, una sola fórmula legal, el Presidente Díaz ha sido investido, por la voluntad de sus conciudadanos y por el aplauso de los extraños, de una magistratura vitalicia de hecho; hasta hoy por un conjunto de circunstancias que no nos es lícito analizar aquí, no ha sido posible á él mismo poner en planta su programa de transición entre un estado de cosas y otro que sea su continuación en cierto orden de hechos. Esta investidura, la sumisión del pueblo en todos sus órganos oficiales, de la sociedad en todos sus elementos vivos, á la voluntad del Presidente, puede bautizársela con el nombre de dictadura social, de cesarismo espontáneo, de lo que se quiera; la verdad es que tiene caracteres singulares que no permiten clasificarla lógicamente en las formas clásicas del despotismo. Es un gobierno personal que amplía, defiende y robustece al gobierno legal; no se trata de un poder que se ve alto por la creciente depresión del país, como parecen afirmar los fantaseadores de sociología hispano-americana, sino de un poder que se ha elevado en un país, que se ha elevado proporcionalmente también, y elevado, no sólo en el orden material, sino en el moral, porque ese fenómeno es hijo de la voluntad nacional de salir definitivamente de la anarquía. Por eso si el gobierno nuestro es eminentemente autoritario, no puede, á riesgo de perecer, dejar de ser constitucional, y se ha atribuido á un hombre, no sólo para realizar la paz y dirigir la transformación económica, sino para ponerlo en condiciones de neutralizar los despotismos de los otros poderes, extinguir los cacicazgos y desarmar las tiranías locales. Para justificar la omnimoda autoridad del jefe actual de la República, habrá que aplicarle, como metro, la diferencia entre lo que se ha exigido de ella y lo que se ha obtenido.

En suma, la evolución política de México ha sido sacrificada á las otras fases de su evolución social; basta para demostrarlo este hecho palmario, irrecusable: no existe un solo partido político, agrupación viviente organizada, no en derredor de un hombre, sino en torno de un programa. Cuantos pasos se han dado por estos derroteros, se han detenido al entrar en contacto con el recelo del Gobierno y la apatía general: eran, pues, tentativas facticias. El día que un partido llegara á mantenerse organizado, la evolución política reemprendería su marcha, y el hombre, necesario en las democracias más que en las aristocracias, vendría luego; la función crearía su órgano.

Pero si comparamos la situación de México precisamente en el instante en que se abrió el paréntesis de su evolución política y el momento actual, habrá que convenir, y en esto nos anticipamos con firme seguridad al fallo de nuestros pósteros, en que la transformación ha sido sorprendente. Sólo para los que hemos presenciado los sucesos y hemos sido testigos del cambio, tiene éste todo su valor: las páginas del gran libro que hoy cerramos lo demuestran copiosamente: era un ensueño,—al que los más optimistas asignaban un siglo para pasar á la realidad,—una paz de diez á veinte años; la nuestra lleva largo un cuarto de siglo; era un ensueño cubrir al país con un sistema ferroviario que uniera los puertos y el centro con el interior y lo ligara con el mundo, que sirviera de surco infinito de fierro en donde arrojado como simiente el capital extraño, produjese mieses ópimas de riqueza propia; era un ensueño la aparición de una industria nacional en condiciones de crecimiento rápido, y todo se ha realizado, y todo se mueve, y todo está en marcha; y MÉXICO Y SU EVOLUCIÓN SOCIAL se ha escrito para demostrarlo así, y queda demostrado.

La obra innegable de la administración actual por severamente que se juzgue, no consiste en haber hecho el cambio, que acaso un conjunto de fenómenos exteriores hacían forzoso y fatal, sino en haberlo aprovechado admirablemente y haberlo facilitado concienzudamente. En esta obra nada ha sido más fecundo para el país,—y la Historia lo consignará en bronce,—que la íntima colaboración de los inquebrantables propósitos del Presidente y de las convicciones y aptitudes singulares del que en la gestión de las finanzas mexicanas representa los anhelos por aplicar á la administración los procedimientos de la ciencia. A esa colaboración se debe la organización de nuestro crédito, el equilibrio de nuestros presupuestos, la libertad